

AQUELLA NOCHE...

Aquella noche -¡qué paradoja!-, lo supe unos años después, la ciudad estaba engalanada. Se celebraban varias ceremonias y banquetes de boda, había un concurso de poesía tradicional al que asistía mucha gente de la comarca, muchas personas disfrutaban fuera de su hogar. Se podría decir que la ciudad estaba de fiesta y con ganas de vivir.

Yo tenía seis años y vivía en el barrio de chabolas que habíamos ido construyendo al lado de la fábrica. El ayuntamiento nos había dado el suelo y nos había permitido hacer las casas de madera, plástico y metal. Estaba con mis amigos jugando cuando, de repente, dos columnas gigantescas de humo subieron hacia el cielo como géiseres enloquecidos. Soplaban el viento del norte y los gases volvieron sobre nuestro barrio, la estación de ferrocarril, la estación de autobuses y el centro histórico de la ciudad.

Mi padre, como otros, había entrado en el turno de las diez. Trabajaban allí desde hacía unos meses porque habían despedido a los del barrio residencial, que llevaban varios años desempeñando labores especializadas cuando la fábrica funcionaba a pleno rendimiento. Ahora estaba parada y nuestros padres tenían que limpiar las máquinas y tuberías. No cobraban mucho, pero, con lo que ganaban, podíamos comer e incluso tener algún juguete; no muchos, la verdad.

En medio de tan abrasadora niebla, pude ver que la gente estaba desesperada, quería escapar, sin embargo, el humo era un demonio que se introducía en sus cerebros y les impedía respirar, cayendo al instante, fulminados como moscas. En mi barrio todo era agonía, muerte, gritos y desolación. Caminé hacia la estación de ferrocarril, sorteando cadáveres, con un paño húmedo en la nariz, tambaleándome. No podía ver bien, vomité varias veces y, agotado, me quedé sentado apoyado en una pared.

A la mañana siguiente desperté y seguí deambulando por la ciudad, perdido, desorientado, como si otra persona viviera dentro de mí. De repente dos hombres vestidos de blanco me cogieron por los brazos y me introdujeron en una ambulancia donde había más chicos de mi edad. Nos internaron en un orfanato. Nunca supe nada de mis padres y de mis hermanos. Supuse que habrían fallecido, víctimas de la intoxicación.

Pasado un tiempo, una familia americana se interesó por mí y fui a vivir con ellos a Boston. Mis padres adoptivos eran abogados de prestigio y vivían en Chestnut Hill. Ahora vivo en Nueva York y trabajo de cocinero en un restaurante selecto de Long

Island. Dos días a la semana viene a cenar el señor Smith con sus allegados. Es un señor viejecito, muy educado, elegantemente vestido, siempre saluda sonriendo, con esa sonrisa amable que da la madurez. Era el presidente de la compañía propietaria de la planta química. Fue detenido por la policía tras la explosión y liberado bajo fianza unos días después, con el compromiso de presentarse a las audiencias judiciales. Estaba acusado de homicidio por la muerte de veinticinco mil personas y por las graves secuelas que sufrieron otras ciento cincuenta mil. Nunca se presentó y fue declarado prófugo. Ayer, transcurridos veintiséis años desde la catástrofe, el tribunal condenó al jefe y seis encargados de la planta a dos años de prisión y a abonar quinientas mil rupias, unos diez mil seiscientos dólares. Sin embargo, en el mismo veredicto se les concede la libertad tras pagar la fianza establecida al efecto.

No es justo que este señor y otros grandes directivos implicados, vivan como si nunca hubiera pasado nada, cuando han sembrado tanta miseria y crueldad. El agua sigue contaminada porque los desechos tóxicos se filtran en el subsuelo. El barrio de chabolas todavía está allí. Las personas tienen que beber, no les queda otro remedio. El agua contaminada les produce cáncer, mal de estómago, de hígado y de riñón. Todavía nacen niños con trastornos hormonales, problemas mentales y enfermedades extrañas.

A veces pienso que podría echarle una cantidad insignificante de cianuro –una de las sustancias tóxicas que liberó la explosión- en el plato y, poco a poco, se iría consumiendo por los mismos problemas de salud que todavía padece la gente humilde de mi ciudad. Pero, al final, desisto porque el rencor y la venganza no son sentimientos nobles. Prefiero ser una persona honrada y vivir a gusto conmigo mismo, aunque sea duro de aceptar. Además, han pasado muchos años y por mi salud emocional tengo que olvidar.

Hoy he leído en el New York Times que cinco niños han muerto aplastados por una máquina cuando estaban rebuscando en un gran basurero de Nagpur.

“Relatos sin sordina”